

EL BARCO



DE VAPOR

Michael Ende

El secreto de Lena

Ilustraciones de Jindra Čapek

32.^a EDICIÓN



Primera edición: septiembre 1991

Sexta edición: febrero 1999

Novena edición (tercera en rústica): marzo 2002

Dirección editorial: María Jesús Gil Iglesias

Colección dirigida por Marinella Terzi

Traducción del alemán: Marinella Terzi

Diseño de la colección: Alfonso Ruano

Título original: *Lenchens Geheimnis*

© K. Thienemanns Verlag, Stuttgart Viena, 1991

© Ediciones SM, 1991

Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 43 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-8672-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.



Lena era una niña extremadamente amable siempre que sus padres se portaran bien y obedecieran a lo que ella les mandaba.

Desgraciadamente, eso ocurría pocas veces.

La niña –su verdadero nombre era Elena– decía a su padre:

—Dame cinco marcos para que me pueda comprar un helado de los grandes.

Pero él contestaba:

—No, ya te has comido tres, y con tanto helado te va a doler el estómago.

Otras veces, Lena le decía a su madre de la mejor de las maneras:



—Mamá, ¡hazme el favor de limpiarme los zapatos!

Pero ella respondía:

—Eres lo bastante mayor para hacértelo tú sola.

Y cuando Lena anunció:

—He decidido que este año iremos de vacaciones a la playa.

Los dos contestaron a dúo:

—Preferimos ir a la montaña.

Lena se dio cuenta de que las cosas no podían continuar así. Por eso, decidió ir en busca de un hada. Le daba igual que fuera buena o mala. Lo realmente importante era que

supiera hacer magia. Pero ¿dónde encontrar en una gran ciudad un hada de verdad, así como así?

No era nada fácil.

La niña corrió por un montón de calles y descifró con esfuerzo –estaba aprendiendo a leer– los nombres que había en las tiendas y en los portales. Ponía, por ejemplo: «1X2» o «FRUTAS TROPICALES» o «DENTISTA» o «ABOGADO» o «MASAJISTA DIPLOMADA» o «SEGUROS LA AURORA», pero no ponía «HADA» por ningún sitio.

En la esquina de una calle

se encontró con un guardia que en ese mismo momento estaba poniendo una multa a un coche mal aparcado.

Lena se acercó y le preguntó:

—¿Tendría la amabilidad de decirme dónde puedo encontrar un hada de verdad?

—¿Una limonada de verdad? —preguntó, distraído, el guardia mientras continuaba escribiendo.

—No, un hada; una que sea capaz de hacer magia —aclaró Lena.

—¡Ah, un hada que haga

magia! —dijo el guardia—. Espera un momento.

Terminó de escribir, colocó la multa detrás del limpiaparabrisas, sacó un librito de su cartera y comenzó a hojearlo mientras murmuraba:

—Haba... Hacha... Hachazo... Ah, aquí está: ¡Hada!...



«Consolación Interrogación, consultorio; magia de todo tipo, maldiciones y augurios a medida, abierto a todas horas; calle de la Lluvia, 13, piso superior».

—¿Y dónde está la calle de la Lluvia? —quiso saber Lena.

—Todo derecho, la segunda calle a la izquierda, atraviesa por debajo del paso subterráneo, la siguiente calle a la derecha, luego desanda el camino andado, da tres vueltas sobre ti misma —le explicó el guardia con amabilidad—, aunque quizá sería mejor que llevaras un paraguas...

—Gracias —dijo Lena, y se puso en camino.

Siguiendo las indicaciones al pie de la letra, pronto encontró la calle. Era fácil de identificar porque en ella llovía sin parar. Cuando Lena finalmente llegó frente al número 13, estaba empapada, pues no llevaba ningún paraguas.

No se podía negar que era un extraño edificio: sólo se componía de una escalera, en medio de la calle, que llegaba hasta un quinto piso. Arriba había una casa, sujeta a aque-

lla escalera de alguna manera.

Lena subió y se paró delante de una puerta con un letrero de latón, en el que ponía lo siguiente:

QUIEN QUIERA
LLEGAR HASTA MÍ
ESTÁ EN EL BUEN
CAMINO
(ENTRE SIN LLAMAR)

«¿Cómo sabe el hada que quiero llegar hasta ella?», se preguntó Lena. «Bueno, está claro, ¡porque es un hada!».

Y entró sin llamar.

Y por poco se cae al agua, porque junto a sus pies se extendía un lago inmensamente azul. Al fondo se divisaba una isla. Por suerte, próxima a la orilla, se mecía una barca.

Lena se subió a ella, y la barca se puso en marcha sin necesidad de que la niña remara –tampoco había remos



para hacerlo—. Aumentó la velocidad, y la proa cortaba el agua a izquierda y a derecha como sucede con una lancha de motor —pero tampoco había motor—. El cabello de Lena volaba al viento.

Pocos minutos después, la barca mágica llegó a la orilla de la isla, y la niña saltó a tierra. De repente, la playa se transformó en el suelo alfombrado de una habitación. Junto a una mesa redonda, de tres patas, estaba sentada una mujer. Bebía café.

El cuarto estaba muy oscuro, ya que únicamente lo ilu-



minaban unas cuantas velas que, trémulas en sus palmatorias, colgaban de la pared.

A través de la ventana se veía la luna llena. Un reloj de cuco dio doce campanadas. Pero el pájaro que salió de la

casita no era un cuco, sino un búho que ululó doce veces: «¡Uu!».

—Siéntate junto a mí, querida niña –dijo el hada–, y ¡cuéntame!

—¿Cómo es posible que sea tan tarde? –preguntó Lena.

—Es medianoche –contestó el hada–, porque aquí siempre es medianoche. No hay otra hora.

En efecto, el reloj sólo tenía doce doces en el lugar de las otras cifras.

—Es algo muy práctico –le explicó el hada–, porque ya se sabe que sólo se puede hacer

magia a medianoche. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Lena asintió titubeante. La verdad era que no lo tenía del todo claro.

—Bueno, ¿de qué se trata?
—se interesó Consolación Interrogación.

Lena se sentó en la silla libre que había frente al hada y la observó detenidamente. Su aspecto era el de una mujer normal, como cualquiera con la que te cruzas por la calle. A pesar de eso, sí había algo especial en ella, aunque Lena no podía apreciar lo que era. Pero,

de repente, lo descubrió: el hada tenía seis dedos en cada mano.

Consolación Interrogación, que había visto la mirada de la niña, le dijo:

—No te extrañes. Nosotras, las hadas, siempre tenemos algo un poco distinto con res-



pecto a las personas normales. Si no, no seríamos hadas. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Lena volvió a asentir.

—Se trata de mis padres —le explicó, y suspiró—. No sé qué voy a hacer con ellos. No hay manera de que me obedezcan...

—Eso sí que es un problema —opinó el hada con simpatía—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—... porque siempre son mayoría —continuó Lena—. Siempre dos contra uno.

—Contra eso es difícil luchar —murmuró el hada, pensativa.



—Además son mayores que yo —añadió Lena.

—Suele suceder con los padres —le confirmó el hada.

—Si fueran más pequeños que yo —pensó Lena en voz alta—, lo de la mayoría tal vez no sería tan importante.

—¡Sin duda! —estuvo de acuerdo el hada.

—Por ejemplo, la mitad de lo que son —propuso Lena.

Consolación Interrogación cruzó sus doce dedos y, con los ojos cerrados, pensó durante un rato. Lena esperó.

—¡Lo tengo! —gritó finalmente el hada—. Te voy a dar

dos terrones de azúcar. Tienen poderes mágicos. En tu casa, los meterás, sin que tus padres se den cuenta, en sus tazas de té o de café. No les hará ningún daño. Sólo que, una vez que se hayan tragado el azúcar, cada vez que no te obedezcan, se volverán la mitad de lo que eran antes. Cada vez, la mitad de lo que eran. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Y por encima de la mesa deslizó, en dirección hacia la niña, dos terrones de azúcar blanco absolutamente normales a la vista. Los había sacado de una caja diferente.

—Muchas gracias —dijo Lena—. ¿Cuánto cuestan?

—Nada, querida niña —respondió el hada—. La primera consulta siempre es gratis. La segunda, en cambio, se paga a un precio muy caro.

—No me importa —afirmó Lena—, porque no voy a necesitar una segunda consulta. Bueno, pues gracias de nuevo.

—Adiós —dijo Consolación Interrogación, y sonrió misteriosamente.

Luego se escuchó un ruido, «¡plof!», como si hubieran sacado el corcho de una botella, y Lena se encontró de pron-

to en el cuarto de estar de su casa. Sus padres estaban allí y no parecían haber notado que su hija había desaparecido por un tiempo. Lena tenía los dos terrones en la mano; eso le hacía sentirse segura de que aquello no había sido un sueño.

La madre trajo la tetera y volvió a la cocina para ir a buscar el plato con las pastas. Mientras, en el dormitorio, el padre se ponía su cómoda chaqueta de andar por casa.

Lena aprovechó la oportunidad para meter los terrones en las tazas de sus padres. Por